

«Aquí quien lleva los pantalones soy yo» Logros sociales frente a logros relacionales en la autoestima masculina

Chema Espada Calpe¹

«Para poder sobrevivir como hombres fuimos criados para asesinar nuestros sentimientos desde muy pequeños. Esto suele significar que, como hombres, no sabemos lo que sentimos. No tenemos las palabras para expresar lo que nos está sucediendo, ni el sentido de cómo nuestras vidas y emociones han sido des-organizadas.»

(Victor Seidler, *The Achilles Heel Reader*,
London, Routledge. 1991, p.37).

Preparándose para ser hombres de éxito y provecho.

Como tantos otros chavales, provengo de una familia de clase media, que vivió el hambre de la posguerra. Mis padres —que migraron a una gran ciudad desde el pueblo, y que no habían podido estudiar—, consiguieron sin embargo formar una familia, comprar un pisito en una nueva zona residencial, su coche familiar, ir de vacaciones todos los veranos a la playa, e incluso pudieron comprar un compacto, un video beta, el Spectrum de las teclas de goma, y sobre todo alcanzaron a poder pagar un colegio concertado para que sus hijos se convirtieran en esos soñados hombres de éxito y provecho que ellos no pudieron llegar a ser. Estas rígidas expectativas nos han marcado a mí y a mis hermanos, todos debíamos ser grandes ingenieros, médicos o abogados, estábamos destinados a ser personas de éxito, gente importante, grandes profesionales, respetados y con una abultada nómina.

La realidad es más tozuda que las ganas de nuestros padres de proyectarse en nosotros, y cada cual se lo montó a su manera. Uno quiso ser y llegó a Ingeniero, pero otro tuvo que hacer la mili de voluntario (¡después de haber salido en el sorteo excedente de cupo!), para repetir el COU por miedo a que nuestro bronco padre se enterase de su fracaso. Yo opté por ponerme a trabajar con dieciocho años para pagar la carrera que quería, ya que el Trabajo Social no era una profesión seria para un hombre y mi padre no quiso costearla. Así que le hice un corte de mangas a mi destino y tras el primer parcial, dejé las Ciencias Económicas para otros hombres de verdad, compatibilizando mi trabajo en una oficina con los estudios de Trabajo Social.

¹ Antropólogo y Trabajador Social. Coordinador de Heterodoxia (<http://heterodoxia.org.es>)
Distintivo por la Igualdad 2007 del Instituto Andaluz de la Mujer.

Mi papá se quedó huérfano de muy niño y, con una madre algo “limitona”, tuvo que “hacerse a sí mismo”, en ese duro Madrid de la posguerra. De un modo u otro, mamó el autoritarismo y el machismo de su época, del franquismo, y vivió y vive convencido de la superioridad de los hombres sobre las mujeres, y de que los deseos y la voluntad de los hijos y la mujer deben estar supeditados a su autoridad de *paterfamilias* protector. Era siempre lo que él ordenase y mandara, tratándonos con el desprecio del déspota. Los tiempos cambiaron pero él no supo adaptarse, y no sólo su hijo le salió respondón, sino que su mujer se divorció de él en cuanto vio que, con las nuevas leyes de la democracia, podía salir bien parada de tan traumático vivir.

No es para culparle ya que él tampoco se sacó de la manga sus más íntimas convicciones, sino que éstas le vinieron servidas y le convirtieron en una persona adaptada a su lugar y posición en la sociedad. Las políticas públicas, los discursos sociales imperantes, las leyes y la vida le informaron de que su papel era llevar los pantalones, echarle “güevos”, trabajar y ganarse el pan, y que a cambio obtendría no sólo el reconocimiento de sus hijos y esposa, personas subordinadas a su salario familiar, sino de la sociedad y el Estado.

En la España fascista, en la que vivió mi padre, tan preocupada por la eugenesia y la virilidad de la raza, la ayuda y beneficios sociales para madres y niños, se canalizaban a través del padre y un esquema basado en el empleo del cabeza de familia que recibía un “salario familiar”. Y las cosas no han cambiado tanto desde entonces. Esa nómina abultada de mi papá y las pagas extras de verano y navidad (el salario familiar) se justificaron socialmente porque un hombre debía llevar a su casa un sueldo para toda una familia, además de que es más eficiente para la economía de un país tener a las mujeres haciendo trabajo (no remunerado ni reconocido) de cuidado de adultos y niños. Aquel Estado Confesional apoyó firmemente la institución del “matrimonio tradicional”, no permitiendo otro tipo de uniones (divorcios y segundas nupcias, parejas de hecho, matrimonio homosexual, etc), hasta fechas extremadamente recientes, y la sociedad ya se encargó de despreciar la soltería, e incluso de excluir todo hijo no nacido dentro del sagrado vínculo, condenando a las mujeres a un destino único como amas de casa dentro del matrimonio.

Los científicos sociales (sociólogos, antropólogos sociales, historiadores, economistas, politólogos y psicólogos sociales, entre otros) han llamado a esto, el “modelo de integración social por el empleo”, como forma legitimada de acceder al consumo y generadora de reconocimiento social. Y ha implicado que los grandes beneficiados del modelo de empleo estable a jornada completa “durante toda la vida laboral” fueron los hombres de la clase media. Mientras, lo normal para las mujeres fue ejercer el trabajo no remunerado de cuidadoras dentro de la familia tradicional y su integración social mediante el empleo del cónyuge (el salario familiar y la generación

de derechos derivados), lo que las excluyó de las bases centrales de la protección social y la ciudadanía.

Por ejemplo, mi padre —el cabeza de familia— era el titular de los beneficios sociales y de la protección del Estado. España ofrecía y sigue ofreciendo un modelo dual de protección, centrado en un sistema de seguridad social contributiva —enfocada a hombres que, como él, pueblan las oficinas, talleres, campos y fábricas—, y que incorpora como dependientes del *paterfamilias* a las mujeres y niños, en un sistema de derechos derivados (a través de la cartilla del titular). Y para todas aquellas situaciones que caen fuera del esquema de la familia nuclear heterosexual tradicional (madres solteras, huérfanos...), nuestro Estado ha mantenido un segundo sistema de carácter más universalista, público, asistencial y residual.

Mis padres se casaron, él pensando en una mujer que le sirviera, le limpiara, cocinara, y que criara a su prole. Ella, más romántica, se casó pensando en que su futuro esposo la quería de verdad, y en formar una familia y dar rienda a sus deseos de ser madre y ama de casa. Así que mi madre como casi todas las mujeres de su edad y condición estuvo excluida del mercado de trabajo y firmemente subordinada a su marido, y ella misma deseaba y todos esperaban que realizase todo el trabajo de crianza y educación de los niños sin apoyo público. Desde pequeña se preparó para ser ama de casa, con el agravante de quedar huérfana de madre siendo niña y teniendo que ser la mujer de la casa con apenas diez años. Así que dedicó toda su vida a cuidar a unos y otros, a su padre, a sus hermanos, a su tía, y sobre todo a criar a sus tres hijos, llegando incluso a ponernos por delante de sus deseos de acabar con un matrimonio terriblemente infeliz, hasta que nos vio menos vulnerables y algo más independizados.

Así que “salario familiar”, la división de funciones entre “proveedor” y “cuidadora” bajo el régimen del matrimonio tradicional, y el modelo dual contributivo/asistencial del Estado del Bienestar, han funcionado como un conjunto de mecanismos de discriminación compenetrados.

La autoridad del proveedor y la hipervirilidad.

Las cosas estaban claras para los hombres recios como mi padre, y la provisión económica y la protección que como cabeza de familia aportaba, no dejaban dudas sobre su valía y masculinidad. Cada período vital estaba marcado y los ciclos de la vida normalmente secuenciados por la sucesión de los tiempos de aprendizaje, de los tiempos de actividad, y el tiempo ganado y el asegurado por la jubilación estaban bien definidos. Uno pasaba de un período de formación en la escuela y de la protección y cuidado de la familia, al mundo laboral donde obtenía un buen salario familiar, reconocimiento y una identidad, y podía plantearse un proyecto vital, independizarse y formar una nueva familia, siendo protegido en caso de accidente o jubilación por la seguridad social y el

sistema de pensiones. Sin embargo, en la España de final de milenio esta experiencia corresponde cada vez menos con la vida de los hombres (y las mujeres).

Las reconversiones industriales de los ochenta y las transformaciones del sistema productivo en los noventa —con el declive del trabajo fabril, el desarrollo del sector informacional, el crecimiento del sector servicios, y la desregulación del mercado laboral, el mantenimiento de altos niveles de desempleo, junto al incremento espectacular del trabajo a tiempo parcial y del trabajo precario, el desplazamiento del equilibrio entre el empleo masculino y femenino, y la creciente brecha abierta entre los más altos y más bajos ingresos por hogar—, han alumbrado la emergencia de una amplia franja de precariedad y vulnerabilidad social

En el caso español no se ha llegado a producir una ruptura social porque la familia (es decir, el trabajo invisible, no reconocido y no remunerado de las mujeres como cuidadoras) está actuando como un pilar de bienestar social en los momentos en que la provisión pública de servicios se ha retraído. ¿Os acordáis de que el Estado Español redujo sus transferencias directas, especialmente con recortes en las pensiones, los subsidios de desempleo y la sanidad? ¿Os acordáis del “medicamentazo”, de las huelgas generales de finales de los 80, del Pacto de Toledo, etc? ¿Os acordáis de cuando se promocionó la liberalización del sector del cuidado y del aseguramiento (planes de pensiones, seguros médicos, etc.) que desde mediados del siglo se encontraban consolidados dentro del sistema público de protección?

Así que no sólo nuestros padres, sino que la cultura y la sociedad nos ha exigido que demos lo importantes que somos, cumpliendo con “aquello” que se supone debe hacer un hombre, y el “salario familiar” de por vida representó una de las fuentes de poder y recursos más importantes para la mayoría de los hombres, así como una forma de identidad que está en declive. Y en este nuevo escenario, de vivienda imposible, de formación hasta la extenuación, de contratos en prácticas y becas de por vida, los chavales, sobre todo los de zonas urbanas no salen de casa de sus padres, como Cristo, hasta bien entrados los treinta, y esto comienza a causar transformaciones, anomalías y malestares.

Si bien el papel de *paterfamilias* no es el único rasgo que define lo que aquí y hoy pueda significar ser hombre, sí es y ha sido uno de los rasgos más importantes en nuestras vidas. Muchos hombres son conscientes de lo artificiosas y estúpidas que pueden llegar a ser las pruebas que nos ponemos para conquistar algo tan etéreo como la masculinidad, pero lo más duro es reconocer hasta qué punto hemos incorporado estas exigencias en lo más profundo de nuestras formas de sentir, de manera que nos resulta casi imposible renunciar al valor asociado a una buena posición laboral y económica.

En este nuevo escenario social, donde no tenemos garantizado el acceso al “salario familiar”, se produce un sentimiento de demasculinización (un escozor y un

reajudamiento interno asociado a sentimientos de fracaso e inutilidad vinculados a nuestra condición masculina) no equiparable al caso de las mujeres (si bien también les toca a ellas los ovarios lo mal que se lo pone el mercado laboral y lo imposible de compatibilizar maternidad y empleo). Esto ocurre porque nos cuesta mucho y no nos da la gana adaptarnos a la nueva situación social y psicológica en la que ya no somos ni único sostén de la familia, ni los que traemos el pan a casa, y en muchos casos dependemos de nuestras parejas, o ellas son las principales proveedoras. Ellas han incorporado a sus roles tradicionales como madres, cuidadoras o amas de casa, los roles laborales que les permiten, dentro de los márgenes discriminatorios que impone la sociedad, optar por distintos posibles cursos vitales, e incluso por serlo todo al mismo tiempo (*superwoman*), ya sea con gran satisfacción o con gran sufrimiento. Sin embargo parece que los hombres encontramos especial dificultad en sentirnos realizados sin la estima procedente de una ocupación respetable y remunerada. ¿Qué hombre es respetado socialmente si depende económicamente de una mujer, aunque sea un maravilloso esposo, padre y/o amo de casa?

Y cuando la experiencia de depender económicamente de una mujer es cada vez más frecuente (mujeres alfa — hombres beta) o cuando ser autónomo económicamente es inalcanzable para cada vez más hombres... ¿qué nos ocurre, cuando lo que se exige cultural y socialmente para poder llegar a ser hombre es una tarea incompleta o imposible? Afortunada o lamentablemente, los hombres negociamos nuestro estatus y autoridad, con los recursos y discursos disponibles, para construir una idea de nosotros mismos como hombres aceptable social y psicológicamente, y poder así dar sentido y valía a aquello que somos y a lo que nos dedicamos.

Por ejemplo, los trabajadores manuales, los trabajadores más precarios y temporales, tenemos menos papeletas que los grandes profesionales para ejercer el papel de *paterfamilias* con sus privilegios y autoridad asociados, pero utilizamos múltiples mecanismos para sentirnos hombres completos y poderosos, y así resignificar y “luchar” contra lo que otros hombres finos y urbanitas definen como un hombre de verdad. Digamos que los hombres nos definimos recíprocamente negociando quiénes pensamos que somos al mismo tiempo que luchamos sobre lo que entendemos por ser hombre.

Lo que está claro es que no hay una única forma de ser hombre, ni de ser mujer, en nuestra sociedad, pero que nuestras vidas y nuestra organización social están marcadas de una manera casi central por el “género”. ¿Y que es esto del género?

Pues, ni más ni menos que una potente metáfora cultural, muy básica, que sirve para ordenar las diferencias y las desigualdades, de manera que sobre la base de una diferencia en nuestro aparato reproductor, construimos todo un sistema cultural que asigna la pertenencia de los recién nacidos a una u otra categoría, de manera que a cada una de las dos categorías que utilizamos (en casi todas las culturas el género se divide

en masculino y femenino, aunque existen casos de culturas con tres y cuatro géneros) se le asocia todo un conjunto de características, atributos, roles, etcétera, que marcan las posibilidades de vida, de sentir y de pertenecer, de cada persona. Lo común es que se exija que anatomía, comportamiento y deseos converjan, haciendo que la heterosexualidad coital sea la norma a partir de la cual se juzga lo que es un hombre o una mujer de verdad: los/as que ejercen la sexualidad apropiada con el órgano apropiado.

Sin embargo, aunque todos estamos marcados por haber nacido con pitito o mimi, lo queramos o no, todos y todas podemos actuar y actuamos nuestro papel como hombre metiendo —como dicen en cine, teatro, etc. — nuestras propias “morcillas” en el guión. Vamos, que nos saltamos el guión cambiando intencionalmente o sin querer las reglas de juego. Unos siguen más fieles el guión, seguramente los que tienen un papel más importante, pero aquél que apenas tiene un papelito pequeño o que, a lo más, es figurante, se lo monta a su manera para hacerse notar y sentirse —aunque sea un poco— protagonista de su historia.

Resulta que hoy en día, cuando el “macho ibérico” ya ha pasado de moda, uno de los papelitos “secundarios” (los antropo-sociólogos lo llaman variante “subordinada” de masculinidad), respuesta a la “masculinidad dominante” y su empuje, es la llamada “hipervirilidad”. En España emparenta directamente con la chulería, aparentemente desaparecida, del macho ibérico tradicional; en Inglaterra tiene que ver con la cultura “lad”, el “laddism”, y en Estados Unidos con la cultura de los “men on the shop floor”. Se trata de un modelo muy extendido entre los trabajadores manuales con poca cualificación, y se caracteriza por la exhibición ostentosa de virilidad en todos aquellos lugares de sociabilidad masculina (la obra, el curro, la fábrica, el bar, los billares, peñas y partidos de fútbol, pandillas y bandas urbanas, encuentros y clubs de moteros, etc.).

Los hombres de verdad son capaces de aguantar largas y duras jornadas laborales, con trabajos físicos penosos, donde se demuestran esos cojones que nos caracterizan, con una estoica capacidad de aguante, sufrimiento, y gran destreza y habilidad manual. Está claro que este tipo de cualidades las tenemos los hombres de verdad, y no los mariquitas y medias-nenas de la oficina (los cuadros y directivos) que están ocupadísimos con sus labores de “mover papeles de aquí para allá, y no hacer nada productivo”. Y sobre todo, no somos unos invertidos: a los hombres recios nos gustan las mujeres y donde haya una buena corrida que se quiten los toros.

Lo cierto es que los empleos de los “hiperviriles” son generalmente más precarios y su remuneración no les permite tirar cohetes sobre su capacidad proveedora. Podemos encontrarles en ocupaciones tradicionalmente masculinas, en los talleres, las obras, las fábricas, el campo o la mar, pero también realizan trabajos manuales poco cualificados y menos remunerados en el sector de los servicios (camareros, cocineros, mozos, peones, dependientes...).

Los “curritos” no soportamos que se burlen de nosotros esos gili-pijos domesticados de las oficinas y de los consejos de dirección. Sólo nosotros tenemos los huevos de ser libres de verdad, hacemos lo que nos da la gana, y no tenemos que ir de políticamente correctos y de finos como esos hipócritas de dirección... ¡tan respetables!

El patetismo de las burdas, paletas y troglodíticas exhibiciones de exagerada virilidad y misoginia de los “curritos” nos lo pone fácil a los educados urbanitas. Con nuestros sueldos y el prestigio asociado a nuestras profesiones de “cuello blanco”, es más fácil sentirnos hombres ejemplares, responsables y atentos en las relaciones conyugales. Aquellos hombres que podemos sentirnos realmente legitimados por cumplir de verdad, somos los cuadros, directivos, y los “profesionales”; hombres modernos y democráticos, familiares. En realidad nuestra masculinidad “dulce” nos sirve para ocultar el poder que detentamos, que es mucho más real y efectivo.

A los hombres modernos y cultos nos beneficia la existencia de la misoginia, brutalidad e irracionalidad de la “hipervirilidad” para legitimarnos frente a las mujeres. Son estos bestias los que pegan a sus mujeres (y lo hacen de hecho), ellos son los violadores, los maltratadores, los que las matan, los acosadores. Lo cierto es que nuestro éxito laboral, nuestra “carrera”, nuestro poder adquisitivo, nuestra capacidad para cumplir con los mandatos de la masculinidad, nos han llevado a obtener grandes beneficios frente a las mujeres, beneficios más invisibles y neutrales que los que puedan obtener los “curritos”.

Esta gente tan incivilizada, los “curritos”, son estos hombres que no han dado palo al agua en su casa, que ni limpian los pelos de la pila después de afeitarse, porque su madre y sus hermanas ya llegarán y tirarán de la cadena y recogerán la ropa del suelo; hombres que, sin dar ni chapa en el colegio, han conseguido un curro con el que ganan mil eurazos mínimo al mes, en el que se escaquean todo lo que pueden y más; hombres que se pasan medio día metidos en el bar, que dedican más tiempo y dinero a su coche y a la liga de fútbol profesional que a hablar con su familia o su novia, y que disfrutan de placeres —algunos muy básicos— como el beber hasta mamarse, comer chuletones hasta reventar y follar todo lo que se deje; y también disfrutan de placeres tan complejos como exhibir su virilidad haciendo el loco por las carreteras, o “tuneando-customizando” coches y motos, o alardeando de su desprecio por su vida e integridad practicando deportes de riesgo, poniéndose hasta las cejas de drogas, trabajando bajo los efectos del alcohol sin seguir las precauciones de seguridad o en aquellos trabajos que implican mayores riesgos, o pasando de cuidarse y de protegerse de peligros para su salud. Generalmente los hombres modernos, aunque ellos participen también en todas estas prácticas, ven a estos tíos como malos maridos, adolescentes eternos, irresponsables y vagos.

La existencia de la “hipervirilidad” es muy útil para que no tengan/mos que plantearnos nada sobre la discriminación de la mujer. Es fácil pensar que nosotros

somos diferentes a nuestros padres, que ya todo está hecho, que nosotros hemos cambiado y que lo del género es un problema de ellas. Lo más perverso es que los que disfrutamos de esta legitimidad y del poder de una buena nómina disponemos de más herramientas, ideológicas y culturales, para camuflar nuestro poder interpersonal bajo el aura de la neutralidad del mérito y la rectitud.

Unos arriesgan su vida y engrosan las filas de la siniestralidad laboral, de las bajas militares, de los muertos en accidentes de tráfico y de todo tipo, y pagan físicamente el precio de la producción de la “hipervirilidad”; mientras que otros hombres de más estatus se benefician de la mística sobre la superioridad masculina (idea falsa, pero que compartida y activada en nuestra relaciones, se convierte en real en sus consecuencias), producida precisamente a través de la “hipervirilidad”. Así que unos y otros compartimos, de una forma u otra, unos esquemas comunes hechos a nuestra medida.

Nosotros intentamos no irritar a nuestras señoras, así que procuramos estar poco en casa y ensuciar lo imprescindible, sabemos dónde está el cubo de la ropa sucia y ayudamos poniendo alguna lavadora. Conocemos el funcionamiento de los electrodomésticos y no nos negamos a realizar las tareas que nos manden, pero es bien diferente “ayudar” que responsabilizarse. Esto es más duro ya que hay que poner energía y hacer un hueco en nuestros intereses para considerar las necesidades de los otros y negociar sobre los tiempos, los usos del espacio y las tareas desde un “nosotros” pareja. Puede que además no disfrutemos excesivamente de los excesos con la comida o la bebida, nos den miedo las drogas, y no nos compense ni necesitemos de la adrenalina del riesgo para sentirnos reforzados como hombres.

Aunque nunca llegue un día en que abandonemos todo, desaparezcamos y nos larguemos de la ciudad por unos días en busca de la libertad, quizá conducir ese todoterreno o berlina de ensueño nos sirva como recordatorio y sucedáneo de esa naturaleza autosuficiente, libre y salvaje, de la hipervirilidad. La publicidad juega muy bien con los símbolos que construyen nuestra vida. En un anuncio actual de un caro monovolumen japonés, mientras una fantástica y guapísima esposa de clase adinerada explica a una pareja amiga su elección de un vehículo negro familiar, elegante, útil y seguro (valores prudentes y familiares), él accede a la elección de su esposa, ya que el vehículo es también potente y viril (140 caballos, le chiva el marido con disimulo y complicidad a su amigo). Al marido le interesa secretamente el aspecto salvaje, de riesgo y velocidad que puede alcanzar la máquina.

Paradójicamente somos los directivos, los cuadros, los profesionales como el del anuncio, los que nos encontramos más justificados para liberarnos de las obligaciones familiares cotidianas de forma que podamos atender los requerimientos de nuestras importantes carreras. Esta preeminencia de nuestra carrera profesional se explica, en nuestro pensamiento de hombres modernos, como la mejor solución posible y el

acuerdo conyugal objetivamente más beneficioso para toda la familia: *“Nos sale mejor que yo coja el ascenso y que mi mujer deje el trabajo y se dedique a la casa. Es que, aunque perdamos el sueldo de mi mujer porque tengamos que irnos a otra ciudad, sale mejor que tener dos sueldos, yo ganaré casi como los dos y además ella tendrá el tiempo para que, por fin, podamos tener hijos”*.

Es esta priorización en la familia de nuestro éxito profesional, lo que constituye la base de nuestra dominación, y se racionaliza alegando la importancia de nuestro papel como “sostenedores” de la familia, lo que nos otorga privilegios vinculados a este rol y nunca vinculados al sostenimiento de nuestra masculinidad. Es así como invisibilizamos la estructura desigual de obligaciones y derechos maritales, o la justificamos como algo necesario y sólo incidentalmente marcado por el género.

Hoy son muchas las parejas en que ambos trabajan, y ellos ayudan en casa, *“e incluso cambian pañales”* (fijate). Sin embargo, el nacimiento del primer hijo o la posibilidad de realizar un ascenso en la carrera profesional del marido marcan hoy por hoy el momento en el que gran parte de las mujeres abandonan su “carrera” y/o la interrumpen. Muchas no llegan a volver a engancharse tras el periodo de crianza, y otras ya han perdido los años y la experiencia que les permita alcanzar el reconocimiento y la remuneración que obtienen sus maridos. Y unas y otras no dispondrán de la misma protección que el *paterfamilias* al llegar a la jubilación.

La hegemonía de la “carrera” masculina pierde importancia según se desciende de estatus, ya que los trabajadores tienen “empleos” pero no “carrera”, y son “curritos” o “trabajadores” pero no “profesionales”. Muchos hombres con menos ingresos dependen en mayor medida de los ingresos de sus mujeres, lo que disminuye su autoridad en el matrimonio y les otorga menos legitimidad cuando se escaquean del cuidado y las tareas domésticas.

Los que desarrollamos “carreras profesionales” utilizamos el trabajo como una “cortina de humo” para evadir las responsabilidades familiares y para disfrutar de un mayor ocio personal —con amigos y amantes—, pero los “curritos” compensan su poco poder con un comportamiento más viril y machista. Exigen rígida e incluso violentamente el respeto de sus tiempos de sociabilidad y ocio entre hombres en sus grupos —ya sean cofradías, sindicatos, clubs moteros, peñas de fútbol, la partida, la caza, o el puticlús—, mostrando, más o menos ostentosamente, desprecio por las obligaciones familiares.

Las estadísticas dicen que las esposas de los hombres cuya capacidad adquisitiva no les otorga la preeminencia y legitimidad de los profesionales, dicen de ellos que son “malos maridos”, “vagos”, “carentes de ambición”, “egoístas”, “inmaduros” o “irresponsables”. Y no es de extrañar. En algún que otro estudio, el 50% de estos “prendas” no tienen reparos en alardear frente al encuestador/a, sobre sus frecuentes

borracheras con los compañeros del trabajo, el consumo de drogas ilegales, las canas al aire, aventurillas sexuales y otras proezas donde se muestran como tíos rebeldes, con dos cojones, que no se doblan a nada ni nadie, tíos que exhiben —y se crean la ilusión de que ostentan— una masculinidad dominante porque muestran sin reparos su desprecio por los vínculos y ataduras con esposas y empleos.

Es difícil explicar la dominación, abierta y explícita, a la que las mujeres de nuestros nuevos machos ibéricos, se ven sometidas. Hay quien se ha planteado que sin los ingresos que puedan legitimarles como buenos proveedores y sin sus privilegios asociados, los currelantes deben o conceder poder a sus mujeres, o mantener el sometimiento por medios agresivos. Al abuso le acompañan estrategias de violencia², críticas sistemáticas, insultos y vigilancia constante de sus esposas. Cierta parte de los hombres de extracción “trabajadora” muestran temores mucho más profundos a la infidelidad de su mujer, exigiendo la atención continua de su esposa, negándole apoyo y prohibiendo, controlando y restringiendo su movilidad espacial y en el empleo, en casos con espionaje directo de su vida.

La brutalidad de estas estrategias de poder podría llevarnos a pensar que tuvieran un poder interpersonal en el matrimonio superior al del varón típico de clase media media-alta. Lo cierto es que el poder de los hombres de clase superior es más efectivo y perverso por su invisibilidad, que el poder que se ejerce coercitivamente. Además la ausencia (relativa) de una violencia abierta y explícita por parte de los varones de clase media, no significa ausencia de violencia o igualitarismo. En primer lugar se registra, con distintas intensidades, violencia de género en todo el espectro social. El grueso de los hombres hacemos uso, más o menos consciente, de maniobras interpersonales para aprovecharnos, mantener el dominio o resistirnos al aumento de poder de nuestras parejas (véase la idea de “micromachismos”).

Pero aunque pueda parecer chocante, los estudios sobre el trabajo doméstico de los hombres nos dicen que los hombres que más trabajo doméstico (más horas) hacen son, en términos generales, los trabajadores manuales (aunque con preferencia por aquellas tareas marcadas como masculinas y el cuidado de los niños). Los hombres de menor estatus tienen menos posibilidades de justificarse si quieren escaquearse así que una buena estrategia para limitar la implicación es remitirse directamente a una rígida división de roles en la casa. Hay tareas masculinas y tareas de mujeres. Lo nuestro son las chapuzas y reparaciones caseras, el coche, la paella de los domingos, llevar a los niños al judo o al partido, y jugar con ellos un ratito, y en algunos casos algunas compras y tareas de jardinería o bricolaje. Para las tareas de mujeres (eso de cuidar) decimos que somos (y algunas mujeres lo creen) unos absolutos zotes, decimos (y

² Amenazas, desprecio, burlas, desacreditación en público y en privado, desatención, negación de ayuda o del cuidado, explotación de la disponibilidad del cuidado, del tiempo y de las emociones de las mujeres, etc.

algunas mujeres lo creen) que no tenemos ni experiencia, ni práctica, ni habilidad natural. Para remate, como se les ocurra pedirnos ayuda, provocamos (con gran regocijo interior disimulado) el mayor desastre posible en nuestro desempeño para hacer que sea “peor el remedio que la enfermedad”.

Esta chulería hipermasculina varía e incluso se va atemperando en ciertas situaciones, tanto en la dimensión temporal como al cambiar el contexto de relación. Mientras que nos afirmamos como tíos duros, con los típicos rasgos de la hipervirilidad en el trabajo, parece que nos “comportamos” con algo más de consideración —u oportunismo— en casa y en el matrimonio. Hay quien plantea que es una cosa de la edad, que los mismos jóvenes chulitos y asalvajados abandonan sus exhibiciones de poderío y desprecio a la vida según van madurando, no se sabe bien si por el efecto socializador del matrimonio, porque se produce una conexión entre las dos neuronas que coexisten aisladamente en el cerebro masculino o por la reducción de la carga hormonal en sangre con la maduración biológica y la atrofia de las gónadas.

Lo cierto es que los estudios dicen que los maridos de clase trabajadora producen modificaciones en las formas de construir la masculinidad especialmente a largo plazo, en matrimonios estables, en los que el empleo de sus esposas supone una fuente de ingresos imprescindible. Estos hombres, cuando sus mujeres se encuentran trabajando —y siempre que no coincida con sus turnos de trabajo—, cuidan con más frecuencia de los niños que hombres de más estatus, con una supuesta educación más igualitaria. Además la implicación en la vida familiar y la crianza de los niños parece suponer una importante fuente de refuerzo en la baja estima y el sentido de valía personal de estos hombres. Y esto sin que se nos olvide que los hombres de todo estrato social disfrutamos de una legitimación superior cuando sea que participamos en el trabajado doméstico o de cuidado, por muy incidental o extraordinaria que sea nuestra aportación.

Las mujeres, que tienen muchas ganas de saber qué (coño) nos pasa, han conseguido averiguar que la cantidad de trabajo doméstico y de cuidado que hacemos depende realmente de nuestra disponibilidad o, mejor dicho, de nuestra no disponibilidad de trabajo doméstico femenino. O sea, que los hombres hacemos trabajo doméstico no porque dispongamos de más tiempo de ocio —porque estemos en paro o tengamos jornada laboral reducida—, sino porque no tenemos otra persona que lo haga; de manera que si ellas trabajan fuera de casa, nosotros echamos más horas a cuidar de los niños y a limpiar y todas esas cosas que se hacen en casa. Pero mientras ellas no trabajen o lo hagan a tiempo parcial, mientras haya alguien que asuma hacer esas misteriosas cosas que ocurren después de que comamos, durmamos, meemos, nos vistamos y veamos el partido del plus, y que hacen que cuando volvamos la cama esté hecha y limpia, la habitación ordenada, el sillón no tenga migas, el WC no tenga gotitas

de pis, haya cervezas en la nevera, y tengas la camisa limpia dentro del armario, etc.; mientras dispongamos de quin nos limpie la mierda, nos dejaremos querer.

También ocurre que las mujeres tienden a responsabilizarse de aquellas tareas que requiere un trabajo más intensivo en el tiempo (como el cuidado de los niños cuando están enfermos). Así que en contra de las ideas sobre el “hombre nuevo” de clase media, los últimos estudios nos dicen que hay una marcada relación inversa entre la extracción social (medida según la ocupación) y el reparto igualitario de la responsabilidad en el cuidado de los hijos. Aparece que un apreciable número de jóvenes (modernos, liberales, con formación, educados, adinerados...) declaran abiertamente que su motivación para el matrimonio es ¡conseguir una esposa que se dedique a la casa! ¡Y yo pensando que mi padre era un carca! Y dale otra vuelta de tuerca: esta tendencia es especialmente más pronunciada en las estadísticas según se incrementa la capacidad como proveedor.

Los “importantes” hombres de éxito utilizamos un amplio repertorio de excusas para no hacer trabajo doméstico. Entre semana son nuestros deberes laborales y cursos de formación nocturnos, y los fines de semana son los viajes de negocios, convenciones, ferias o conferencias. Y es que nos funciona. Si nos lo sabemos montar con discreción, nuestras esposas están de acuerdo e incluso disculpan nuestra “ausencia”. Muchos nos llevamos trabajo a casa (¡qué gran invento el portátil y la PDA!), lo que nos excusa de cualquier tarea doméstica. Nuestros privilegios, especialmente cuanto mayores son nuestros ingresos, incluyen un mayor margen de veto o presión para limitar o prohibir el trabajo remunerado de nuestra esposa. En casos, si somos unos hachas haciendo dinero, nuestra chica está deseando que la hagamos “churri”, para vivir de maravilla con servicio doméstico y disfrutando de sus aficiones, del gimnasio y de tomar café con las amigas después de dejar a los pequeños en el cole con el todoterreno, y si nos ausentamos demasiado puede que hasta se busquen un amante mejor.

La exhibición de todoterrenos en la puerta del cole tiene sus peligros. Es curioso que ciertas esposas de hombres de clase media, en entrevistas de investigaciones antropológico-sociales sobre sus “arreglos convivenciales”, insultan y muestran abiertamente hostilidad hacia maridos que no muestran ambición por conseguir un nivel más alto de ingresos —al que sus mujeres aspiran en muchos casos—. El machaque psicológico y los reproches se daban incluso en casos en los que los maridos se muestran como personas ejemplares e igualitarias en la vida cotidiana. Esto sugiere que muchas mujeres frecuentemente participan en el proyecto de la dominación masculina, o simplemente que juegan sus bazas dentro de las reglas del juego social —reglas que por otro lado ellas no han marcado—, ya que su bienestar, prestigio y estatus dependen de la capacidad económica del cónyuge.

A pesar de que en estas encuestas los papás de clase media tienden a expresar actitudes más igualitarias, hay que decir que el reparto de tareas domésticas más

equitativo tiende a encontrarse en parejas con hombres con ocupaciones semi-cualificadas y poco cualificadas, por encima de gerentes y profesionales. Es lógico que con la extensa jornada laboral de los profesionales y gerentes, no dispongan del mínimo tiempo para el cuidado, pero cuando se analizaron cuántas horas de “cuidado” echaban los papás con empleos de menos de 50 horas semanales, surgían las diferencias, y a menos poder en la pareja se da algo más de trabajo doméstico.

Por otro lado, las estadísticas “nos han dicho” (al menos durante los 90 en nuestras sociedades occidentales) que con parejas en los que papi está en paro y mamá currando, el reparto de las tareas no es significativamente diferente de aquellas familias donde ambos trabajan. Vamos, que papi esté en paro no ha hecho que se cambien los papeles. Así que nos han desenmascarado; ahora ellas saben que nos resistimos como fieras al reparto igualitario del trabajo doméstico, y que sólo hay una vía para forzarnos a responsabilizarnos: que ellas tengan el mismo o más poder económico que nosotros en la pareja y que no podamos beneficiarnos de la disponibilidad de su tiempo y trabajo doméstico.

Ahora que ya tenemos Ken Loach español, nos pusieron el otro día en el cine-fórum del sindicato la premiada *Los lunes al sol*. Como en todo comité que se precie, nunca falta el señor compañero “brasas”, defendiendo la heroicidad de los personajes de la película. Sin embargo a mí no se me ocurría ver en “Santa” y compañía más que una panda de maromos estúpidos, con cientos de trabas vinculadas a un orgullo estúpido, que va más allá del orgullo de clase a un orgullo basado en una masculinidad obsoleta. Está bien, porque el director no dulcifica los personajes, son reales, pero no son “héroes”. De hecho son todos más bien ambivalentes, un poco valientes tirando piedras a unas farolas pero bien cobardes para salir de su marasmo, responsabilizarse de su vida y no comportarse como unos parásitos; fuertes en cuanto a enfrentarse a poderes establecidos pero débiles para reconocer sus sentimientos y poder asumirlos y cambiarlos: frágiles en definitiva, por mucha facha de dureza que le pongan; andan toda la película como queriendo decirse que se importan y autocondolenciándose.

Es una pena que el compañero “brasas” los vea como héroes... porque como modelos son hombres que no cuestionan nada sobre su forma de ser hombre, que se comportan como tiranos en la casa, que cultivan la tradicional homosocialidad masculina del bar y el fútbol, etc.. Lo más peligroso es que —lejos de que adaptarse sea visto como rendirse al capital (en el viejo discurso)—, estos hombres no asumen que deben responsabilizarse de sus sentimientos y de ellos mismos, y que ya basta de que sean sus compañeras, familiares y esposas, las que tengan que comprenderles, arroparles, ayudarles, salir a trabajar y lavarles los calzoncillos.

En el film se les llena la boca a estos personajes masculinos de un discurso de defensa del “salario familiar”, de que al cerrar la naviera no sólo pierden su empleo sino el de sus hijos, que al echarles a la calle están condenando a familias, niños y mujeres.

Y en cierto modo, valga la “rebuznancia”, es “cierto”; pero desgraciadamente lo ha sido porque hemos organizado la sociedad mediante esta interpenetración de mecanismos “salario familiar, familia tradicional, reparto de roles proveedor/cuidadora” que ha subordinado y ha puesto a disposición del cabeza de familia a una mujer que nos lava, nos cuida, nos escucha, nutre, cocina... a nos y a nuestra prole... .

Si lo de “llevar los pantalones” fuera una cosa del pasado, no tendría sentido observar las fuertes vivencias de frustración en una situación de paro y la baja estima resultante de esta situación. Pero lo que está socavando de verdad la autoridad-estima masculina en la familia, no es este nuevo escenario de la precariedad en el empleo de los hombres, sino los crecientes niveles de empleo de las mujeres.

En primer lugar, porque el creciente empleo de las mujeres está produciendo nuevos acuerdos en las relaciones conyugales, ya que la existencia de una doble renta posibilita que las mujeres negocien desde una nueva posición de fuerza los arreglos convivenciales con su pareja. Y en segundo lugar, porque el empleo de las mujeres —unido al empuje del movimiento de liberación sexual—, está posibilitando la emergencia de una diversidad de nuevos modelos familiares (familias mono-parentales, familias reconstituidas, familias basadas en parejas homosexuales y en uniones de hecho, etc.) que cuestionan el carácter heterosexista del proyecto de la familia tradicional.

Así que los hombres hemos perdido, por un lado, la legitimidad como proveedores (ganapanes); por otro, los privilegios asociados a la condición de progenitores (dados los avances en las técnicas de reproducción asistida); y finalmente, nuestra tradicional autoridad y privilegios como supuestos referentes simbólicos inexcusables en la crianza de los niños, ya que cada vez es más evidente que los niños necesitan de vínculos, cuidados y afecto independientemente de quién se los aporte, y que no hay absolutamente nada específico en un supuesto rol masculino que le sea imprescindible a un niño para su correcto y completo desarrollo.

Si ya no somos los que traemos el pan a casa, consiguientemente nuestra autoridad, fraguada en la compenetración entre provisión y masculinidad, ha perdido su soporte: los hombres ya no podemos afirmar alegremente que “aquí, quien lleva los pantalones soy yo”, o aquello de “niño, cuando seas mayor comerás huevos”.

Los hombres ante el fracaso: restricción emocional y procesos de desestructuración personal.

Aunque la hipervirilidad parece haber sido una de las formas que hemos adoptado los hombres menos “dotados” de poder, para reconstruir nuestro sentido de dignidad y masculinidad y para resistirnos a nuestra pérdida de privilegios y autoridad,

existen otros hombres cuya capacidad para cumplir con el individualista mandato de la independencia es aun más precaria o nula: los precarizados y excluidos.

No es sólo el sentimiento de fracaso personal originado por lo que pensamos una incapacidad personal para cumplir con lo que se espera de un hombre “hecho y derecho” —y que en cierta forma responde a razones estructurales—, sino que son las formas en que hemos sido educados para responder a la frustración y que hemos aceptado como parte íntima de nuestras disposiciones y actitudes, lo que nos lleva a dar respuestas a este fracaso, terriblemente problemáticas para nosotros mismos y para los que nos quieren: la rabia, el aislamiento autoinflingido, y la violencia. Esto no ocurre en parte porque asumimos que, como hombres, tenemos todas las respuestas, o cuando menos tenemos que aparentar que lo sabemos todo, que somos capaces de solucionarlo todo, solitos y sin ayuda; y además las soluciones son inmediatas y actuando, haciendo algo, ya que como hombres no podemos mostrar ni debilidad ni vulnerabilidad.

Con todo esto, no es extraño que sean tan frecuentes en las trayectorias vitales de muchos hombres, procesos de autodestrucción y desestructuración personal, que frecuentemente incluyen múltiples formas de aislarse mediante todo tipo de adicciones. Negamos y escondemos nuestro fracaso, y por ello nuestra depresión es raramente reconocida. “Analfabestias” emocionales, antes que reconocer nuestras dolorosas emociones, preferimos tapanlo y nos enganchamos a trabajar, o al alcohol, o las tragaperras o a regodearnos en el victimismo narcisista, en lugar de responder a la adversidad y a nuestros seres queridos con la fortaleza que exige decir que uno no tiene la respuesta, reconocer que ha fracasado, o que necesita ayuda.

Así que educados en aniquilarnos, estamos desarmados ante las crisis. Primero porque nos hemos negado y nos han negado una adecuada educación emocional de la que carecemos. En segundo lugar, estamos desarmados ante la crisis porque al apoyar nuestra estima masculina en logros sociales, laborales, externos... hemos apostado poco por la intimidad y las relaciones, y hemos cultivado bien poco el autonutrirnos, el cuidado personal, y esa red de relaciones en la que podríamos buscar apoyo emocional, desahogo, confianza, ayuda. Generalmente no nos gusta la intimidad, y sólo nos la permitimos sobre la base de una relación sexual. Nuestras redes (la feligresía del bar, del equipo de liga municipal de fútbol, o del club de pádel) cumplen malamente esta función, y generalmente necesitamos de tres copitas de más para permitirnos —bajo la apariencia de la fanfarronada— expresar tímidamente aquellas cosas que nos preocupan, nos emocionan, nos descolocan o nos hunden.

En resumen, frecuentemente necesitamos ayuda y no sabemos ni podemos pedirla. Expresamos nuestro malestar y depresión mediante la acción más que por medio de la expresión emocional. Así que tendemos al autocontrol, la negación y el ocultamiento del malestar, a la disociación y la proyección emocional, a la expresión mediante ira, a la negación de la debilidad y en todo caso a la acción como modo

expresivo, defensivo y resolutivo prioritario. Nuestra “restricción emocional” nos conduce a problemas psicosociales y de salud, cuando no a generar violencia que puede adoptar con frecuencia la forma de agresión y de violencia de género.

Los que estudian estas cosas dicen que a finales del siglo XX nuestras sociedades han vivido una profunda transformación, de manera que la re-estructuración económica y la globalización han dado lugar a un nuevo fenómeno social que han llamado exclusión y que va más allá de la mera pobreza. Cada vez más nuestras sociedades han perdido clase media y se han dualizado (se han profundizado las diferencias sociales), siendo la clase alta más alta, y la baja más baja. Ha surgido así una nueva situación de aquellos que sufren no sólo la deprivación económica sino también la des-estructuración de los ciclos de la vida normalmente secuenciados, y una profunda falta de vínculos y aislamiento social (“desafiliación” le han llamado). Y al observar los datos encontramos que los hombres tenemos más problemas de “desafiliación” y menos de “deprivación económica”.

Ejes de la exclusión:	Mujeres	Mandato: cuidado	Hombres	Mandato: Provisión
Deprivación económica, Precariedad laboral	Afecta +	<ul style="list-style-type: none"> • Peores condiciones mercado • Cargas familiares • Redes externas al mercado de trabajo 	Afecta —	<ul style="list-style-type: none"> • Mejores condiciones mercado • Solos sin cargas • Homosocialidad masculina, redes + vinculadas al empleo
Desafiliación, aislamiento, adicciones	Afecta —	<ul style="list-style-type: none"> • Mejor gestión emocional • Pueden pedir ayuda • Cultivo de redes informales 	Afecta +	<ul style="list-style-type: none"> • Restricción emocional • No pueden pedir ayuda • Negación, violencia de género o adicciones como salida

Es curioso que a los hombres excluidos no les falta el trabajo, lo que les falta son ocupaciones dignas. Los parados de larga duración, más que desempleados son trabajadores, pero en “empleos de exclusión”, ya que (al menos en la segunda mitad de los 90 en España) seis de cada diez familias excluidas sobrevivían realizando alguna actividad económica. El problema radica en que este tipo de ocupaciones y actividades económicas refuerza la exclusión, intensificando la “estigmatización”: gorrillas, chatarra, prostitución, proxenetismo, mendicidad, invalidez como forma de vida, reciclaje, limpiacristales en los semáforos, artesteo de calle, actividades ilícitas, top

manta, venta ambulante, peonadas en negro, furtivismo, braguetazo-maltrato-expoliación de parejas, etc.

Las trabajadoras sociales saben mucho sobre la problemática de los hombres excluidos, que tienden a tener más y mayores problemas psicosociales, de salud, de abuso de drogas y de alcohol, de aislamiento y desafiliación, etc., que las mujeres — mientras que los problemas económicos tienden a ocupar un lugar relativamente secundario en sus trayectorias vitales—. Las mujeres excluidas sufren sin embargo mucho más los problemas de convivencia, problemas con menores, endeudamiento, impagos de vivienda y problemas de salud mental. Los Servicios Sociales en la Comunidad de Madrid registraron que existen dos problemáticas en las que los varones superan a las mujeres muy claramente: el abuso de alcohol (70%) y la mendicidad (67%), seguidos muy cerca por los problemas de aislamiento (48'11%).

Las personas “sin techo” tienen cara de hombre. No se sabe todavía cuál es el elemento desencadenante, pero gran parte de nuestros mendigos comparten una fuerte adicción al alcohol y una vida anterior normalizada. Algunos se vieron en la calle tras perder su trabajo, sufrir una ruptura familiar y de pareja y abandonarse al alcohol; otros estaban enganchados al alcohol, perdieron su trabajo y también casa y familia; otros, tras una ruptura familiar, se hundieron en el alcohol y perdieron su trabajo. Como el dicho matemático-popular, “el orden de los factores no altera el producto”, y no importa tanto cuál es el primer desencadenante como comprender los procesos tan profundos y rápidos de desestructuración personal que sufrimos, agravados por nuestras dificultades emocionales, y lo muchísimo que nos afecta la pérdida de nuestro rol de cabeza de familia, ya sea por la pérdida del empleo o por la ruptura de la pareja.

Igual que entre los “sin techo” abundan los varones, entre los “adultos sin pareja con menores” (así se les llama en las memorias de los programas de rentas mínimas, como la madrileña “Renta Mínima de Inserción”) abundan las mujeres: 89% son mujeres. Además éste es el grupo más numeroso, ya que los niveles de “desafiliación” en la marginación son más altos que en la sociedad, y sólo 15% de los titulares RMI conviven en pareja, mientras que el 84'60% no disponen de pareja y pueden estar solos, convivir con sus progenitores u otros familiares, o con sus hijos.

Ellas se han ocupado tradicionalmente de las relaciones familiares y vecinales y han cultivado cierta sociabilidad de redes informales que les permite encontrar un cierto colchón en otras mujeres ante el batacazo y la crisis. Este “capital social” supone un gran apoyo emocional y una fuente de ayuda y estabilidad, que se refleja en la menor incidencia de problemas psicosociales y de salud entre las mujeres (que no su ausencia). Hay que reseñar que las condiciones de la crianza en un entorno deteriorado, y la acumulación de déficits lleva frecuentemente a situaciones conflictivas con chavales — que no van al cole y se meten en líos— y a problemáticas de salud mental entre otras. Además las redes femeninas —centradas en la casa, la vecindad y el parentesco— son,

en un principio, externas al mercado de trabajo, y puede que no sean efectivas para conseguir empleo.

Lo que sí es claro es que ellas reaccionan mejor ante la crisis y la dificultad y que tienen más dificultades para conseguir buenos empleos. Es precisamente en las ocupaciones con menor cualificación en las que se encuentra una mayor segregación de profesiones por sexo, y en las que hay una mayor oferta y mejor remuneración para las ocupaciones masculinas.

Los problemas económicos de ellas se agravan porque muchas se encuentran solas con chiquillos a su cargo y frecuentemente algún ascendiente dependiente. Los chavales por un lado son una dificultad grande para coger empleos con extensas jornadas laborales, incompatibles con las necesidades de los chavales y los horarios de guarderías y colegios; sin embargo, el deseo de sacar adelante a sus hijos hace que la mayor parte de estas mujeres se vengán arriba y soporten unas condiciones laborales duras.

Más allá de la pequeña minoría de hombres que intentan ganar una mayor conciencia e independencia del modelo *paterfamilias*, la adhesión masculina al mandato varía proporcionalmente a los beneficios que podemos obtener del modelo, así que cuanto menores sean los beneficios, más debemos modificar y negociar nuestra adhesión a esta forma de masculinidad. Hay quienes todavía creen en la idea del *paterfamilias* trabajador y honrado, y se esfuerzan, o cuando menos se avergüenzan de no conseguirlo, y quienes utilizan esa imagen para estimular la ayuda externa, mediante su victimización, pero que ya no se creen nada de esto. Entre los hombres que se atreven a pedir ayuda a los Servicios Sociales, encontramos dos formas de explicar su situación, una circunstancialista (estoy en el paro, estoy pasando una crisis, dificultades...) y otra esencialista (soy un marginado, la vida me ha machacado, no puedo trabajar porque tengo déficit, minusvalías, etc.).

Los hombres que explican su situación de exclusión como algo provisional o temporal (como una situación de deprivación relacionada con algún tipo de fracaso o accidente que les ha hecho encontrarse en dificultad), quizá porque hayan sido socializados —en mayor medida— bajo los mandatos y estándares vitales propios de la clase media o media-baja, tienen más internalizada la ética del trabajo y la provisión. Sin investigación específica, parece que se trate de aquellos hombres marcados por la precarización y la vulnerabilidad, más que los que sufren la desafiliación extrema y la pobreza tradicional (la nueva pobreza más que la pobreza tradicional).

Así que los precarizados, más imbuidos de la ética del trabajo, la disciplina y la honestidad, experimentan una gran ansiedad y humillación ante la circunstancia de pedir y recibir ayuda. No se identifican como pobres y marginados, y de hecho hacen un esfuerzo constante por marcar las distancias respecto de los grupos y personas para los

que consideran más apropiadas dichas etiquetas. Muestran compasión por quienes consideran que están en estas circunstancias y sienten rechazo a mezclarse con los mismos. En definitiva, se niegan a asumir el etiquetaje ligado a los Programas de Ayuda.

La humillación asociada a la circunstancia de pedir ayuda puede funcionar como motivación, por evitación, para salir de la situación de desempleo. Pero de cara a los profesionales de la ayuda y la protección social los hombres mostramos una actitud ambivalente, nos retraemos de hacer uso de los recursos disponibles, lo que puede llevarnos a la cronificación de nuestra problemática (por ejemplo en procesos de paro de larga duración), si es que no lo estropeamos más con nuestras típicas formas masculinas de respuesta ante el fracaso y la frustración (negación, ocultación e ira).

Hay también en los Servicios Sociales otros hombres que asocian más su identidad con su situación de exclusión, de manera que sus “discursos” se estructuran bajo la idea de “ser” algo, ser pobre o ser marginado, algo que casi les ha venido dado de nacimiento y que es independiente de la propia voluntad. Para estos hombres sigue siendo importante el mandato de la provisión, a pesar de que muestren poca adhesión a la ética del trabajo y acepten su condición de desheredados y de ser “necesitados”. Podríamos explicarlo por la necesidad psicológica de adecuar el propio concepto (disonancia cognitiva) a la vivencia continuada de estas circunstancias vitales de privación.

Es el enorme despliegue de “justificaciones” y atribuciones externas (las cosas dependen siempre de otros, o de mecanismos abstractos, o de acontecimientos nunca bajo el control propio) lo que nos indica que la presión para conformarse al ideal del hombre proveedor de la familia sigue presente. Para dar cuenta del salto con respecto a lo esperado, se utilizan preferentemente estrategias de reafirmación y mecanismos como la victimización y el fatalismo —mediante el uso de atribuciones causales externas—, que permite reconstruir la dignidad de los “menos hombres” apelando a fuerzas superiores y externas (algo que por otro lado no deja de tener un fundamento real práctico).

Aferrados a su condición de “pobres”, ciertos hombres muestran grandes resistencias para la obtención de un empleo normalizado/normalizante, con una escasa capacidad de frustración y grandes dosis de anticipación del fracaso y de profecía autocumplidora. Tampoco es tan extraño si consideramos sus biografías y la persistencia de un paro estructural en economías boyantes e incluso en ciclos económicos de crecimiento.

A pesar de que las actitudes hacia la búsqueda de empleo se vean bloqueadas por esta forma de concebir su situación (fatalista), es posible hacer más “trabajo social” con estos varones ya que muestran una mayor disposición hacia las ayudas sociales. Los

excluidos elaboran estrategias complejas de “uso” de los servicios sociales y se orientan a la solicitud de ayuda, tomando frecuentemente la actitud de “exigencia”. Un alto porcentaje de estos hombres viven además en la calle o son “sin techo” y pueden sufrir otros problemas de salud que les “inhabilitan” en mayor grado para una posible integración mediante el empleo.

Para las mujeres es parecido y diferente. A grandes rasgos ellas no viven solas (sólo 23%) y además tienen hijos a su cargo o mayores dependientes a su cargo. Ellas sufren frecuentemente depresiones pero al menos cuentan con más recursos sociales (familiares) para no caer en procesos de desestructuración personal que los hombres, lo que posibilita una mejor disposición para procesos de integración. Además ellas han incorporado a los tradicionales roles como cuidadoras, roles tradicionalmente masculinos —de trabajo, iniciativa y autoridad—. Quizá esto pueda explicar la mayor diversidad de trayectorias vitales en las mujeres que sufren la precariedad y la exclusión, y que parecen estar diferenciadas principalmente por la propia edad, la de los hijos y por cómo llegan a su situación de vulnerabilidad (ruptura familiar, viudedad, madre adolescente, pérdida de empleo...).

También encontramos en ellas las que conciben su situación como “circunstancialista” y que también viven con humillación el verse forzadas a pedir ayuda (sobre todo en las mujeres mayores). Cuando hay personas a su cargo y en la medida en que no existan otras fuentes de ingreso familiar, incorporan el trabajo dentro del repertorio de comportamientos adecuados. Incluso en mujeres muy tradicionales, más identificadas con el rol de “amas de casa”, la provisión, cuando resulte fundamental para sacar adelante a los hijos, es un requerimiento del propio modelo de cuidadora. Una parte importante de las mujeres que solicitan ayudas sociales proviene de separaciones legales o de hecho, divorcios, o han enviudado. Si bien los porcentajes no son muy elevados indican con claridad cómo las rupturas de pareja conllevan consecuencias diferenciadas para los cónyuges, con claros procesos de empobrecimiento para las mujeres.

Así, los hijos suponen una gran carga pero al mismo tiempo un gran acicate para enfrentarse a la precariedad o la exclusión. Las mujeres que no se viven como “pobres” sino que pasan una mala racha, son las que mejor disposición muestran al uso de las ayudas sociales, las más colaboradoras y las que más cuentan dentro de los procesos exitosos de consecución de autonomía económica. Sin embargo, tanto jóvenes como mayores lo tienen más difícil que los hombres en el mercado laboral por su falta de formación, porque las obligaciones familiares resultan incompatibles con la jornada laboral en gran parte de los empleos (especialmente cuando no existen familiares, amigos o vecinos, ni servicios públicos accesibles para el cuidado de los menores), o por la fragmentación del mercado laboral y sus discriminatorias condiciones.

También existe una importante proporción de perceptoras de subsidios que conciben su situación según una perspectiva esencialista, y que muestran una clara orientación hacia la ayuda (en su sentido más relacionado con la tradicional “caridad”) y que dirigen estrategias específicas y habilidades “profesionalizadas” en la solicitud de asistencia. Para ciertas familias, las mujeres se han profesionalizado en la obtención de ayudas externas (ya sean de políticas públicas, ayudas familiares, comunitarias o del altruismo organizado caritativo-religioso) que complementan las rentas de núcleo familiar provenientes en muchos casos de actividades económicas “no regladas”.

La diferencia fundamental con los varones excluidos es que ellas pueden encontrar formas de identificación normalizantes en el modelo del “ama de casa”. Por ejemplo, del 14’23% de los perceptores del Programa de Renta Mínima de la Comunidad de Madrid que se declaran “ama de casa”, el 99’20% son mujeres que no necesitan desplegar todo tipo de justificaciones sobre su condición femenina, mientras ellos acusan más el cuestionamiento de su masculinidad.

En definitiva, ¿cómo nos valoramos como hombres?

Así que hoy en día se sigue esperando que nos identifiquemos (como hombres) con la ambición y el éxito, y se espera que nos midamos y valoremos de acuerdo a nuestros “logros sociales”. Por otro lado, las condiciones del mercado de trabajo nos fuerzan a unos y otras a renunciar de algún modo a la vida familiar, pero dada la primacía de los hombres en el mismo, y precisamente por esto, solemos ser los hombres los que ponemos nuestro empleo por encima de nuestros logros afectivos, emocionales, relacionales.

Nuestras parejas tienen razón en quejarse ya que se sienten vacías con lo que les ofrecemos. No nos damos cuenta de cómo dejamos de lado —en nuestras prioridades— a nuestras parejas e hijos. Por muy diversas razones solemos compensar esta desatención obsequiando con bienes y servicios, en lugar de ofrecer nuestro interés, tiempo y atención. Nuestro nivel de culpabilidad suele ser inversamente proporcional al precio de los regalos que podamos costearles.

Ponemos nuestras mejores energías en el empleo, la revolución, el Estado, la liga de fútbol profesional, o en lo que quiera en lo que nos ocupemos. No nos damos cuenta de lo egoístas y tacaños que somos con nuestra atención, y encima exigimos de nuestras parejas que nos reconozcan —lo que sea que hacemos— y nos apoyen sin quejarse. Nos suele tocar los “güevos” sus “constantes” demandas de atención (“no me haces caso”), sin entender qué es lo que quieren, y por qué están tan frustradas y vacías con lo que reciben de nosotros.

Es muy significativo lo que pasa cuando hay una ruptura de pareja o una pérdida afectiva (una muerte de alguien querido, no hace falta que sea tu pareja... un familiar). Cristina me contaba que las mujeres viven sensaciones generalizadas de vulnerabilidad, algo que no se da en nosotros, o que, cuando menos, no se habla de ello o no se lo reconoce. Mi amiga me decía que un batacazo afectivo supone para ellas unas implicaciones íntimas muy fuertes. Que cuando se rompe una relación se vive como algo global, más “narcisista”: *“Es como si pierdes algo de ti, algo muy interior. Perder una persona implica perder algo muy importante de uno mismo, pero los hombres sólo perdéis algo que os interesa, que es más exterior, pero no perdéis una parte de ti mismo. Además lo tenéis muy fácil, porque enseguida sois capaces de encontrarle recambio afectivo, y encima tenéis a alguna amiga, hermana, o madre que siempre está dispuesta para escucharos, nutrirnos y cuidaros cuando estáis convalecientes”*.

Parece ser que ellas se exigen más el cuidado afectivo de manera que suelen estar disponibles y dispuestas a que sean invadidos sus espacios personales para atender las necesidades de los otros. Y a ver quién es el majete que le dice a un hermano, padre o amigo que deje lo que anda haciendo porque te ha dejado hecho polvo la ruptura con Elisita y necesitas que te escuchen y estén contigo en ese momento tan delicado. Nosotros regulamos nuestra necesidad afectiva, y somos muy inflexibles ante cualquier tipo de invasión de nuestros tiempos. Además no nos permitimos nutrirnos entre hombres, con el miedo atroz a la homosexualidad planeando sobre las muestras de afecto, cariño o escucha entre hombres.

En realidad, todos y todas experimentamos sentimientos de ansiedad y vulnerabilidad en toda relación íntima y nos solemos proteger usando distintos tipos de ideas-discurso para conseguir cierto control o poder. Los hombres necesitamos de la cercanía, la intimidad y el deseo del otro, y tendemos a buscarlo a través de la actividad sexual, donde esta necesidad puede ser traducida al discurso menos amenazador del ‘impulso sexual masculino’. Así el sexo como ‘impulso’ cubre la significación silenciada del sexo como cercanía e intimidad, que sí manejan muy bien las mujeres, acostumbradas a ser expertas en romances, sentimientos, y amor.

Así hombres y mujeres sienten y expresan emociones, pero existen emociones cuya expresión está restringida para unos y otros de forma diferente. No se suponen propias de mujeres las expresiones de rabia, enfado, agresividad o triunfo, y son aceptadas en menor medida que para los hombres, para quienes una forma validada de expresión de las emociones es la rabia, la violencia o la acción. Una mujer cabreada es una mujer dura, egoísta y desagradable. Una mujer que asesina se considera mucho más atemorizante, sospechosa, llena de odio o fuera de sí, ya que tal acción confunde las asunciones de género.

A nivel general la emocionalidad tiende a ser codificada culturalmente como femenina y la racionalidad o inexpresividad emocional es predominantemente representada

como masculina. Las mujeres que aparecen como inexpresivas emocionalmente o que no muestran ternura y cariño pueden ser señaladas por su inapropiada feminidad. Pero la emocionalidad es ambivalente tanto en hombres como mujeres. A ambos se nos exige autocontrol sobre una serie de emociones y se nos presupone una serie de disposiciones internas sobre nuestros sentimientos. Una de ellas es la que considera que las mujeres son naturalmente 'buenas' con los sentimientos y en el trato sobre las emociones de los demás, se las presupone inherentemente emocionales y buenas expresándolas, mientras que los hombres no. Por un lado se considera a las mujeres positivamente en cuanto a la emocionalidad, ya que son unas guardianas de los más altos sentimientos humanos, y se las suele representar como guardianas del corazón y la memoria sentimental. Pero por otro lado la emocionalidad de las mujeres se asocia con una propensión a la pérdida de control, a una voluntad débil y la incapacidad para el pensamiento racional. Vinculado a esto suele estar la tendencia a representar a las mujeres asociadas al cuerpo y a los hombres como asociados a la mente.

En el caso de los hombres, el arquetipo del hombre "impasible" tiene connotaciones ambivalentes también. Por el lado positivo se le representa como más racional, mejor controlado y adaptado a la esfera pública. Por otro lado ha aumentado la valoración de la expresión emocional para hombres y mujeres, aunque sea vinculada a relaciones íntimas, ya sean familiares o amorosas. Al privilegiarse la sensibilidad emocional, el 'estar en contacto' con las propias emociones, se entiende que el hombre "impasible" es un sujeto estéril emocionalmente, sin contacto con sus emociones, lo que le pone en peligro de hundirse psicológicamente o caer enfermo con más facilidad por su falta de habilidad para expresar y gestionar sus emociones.

Aunque se considera apropiado para los hombres guardarse sus emociones en ciertas situaciones, en muchos otros contextos, y particularmente en la esfera de las relaciones íntimas, se les ha impulsado a que revelen sus emociones, a que se resistan y desafíen este arquetipo por su propio bien, así como por el de la gente que les rodea. Sin embargo no hay una representación dominante de la masculinidad que defina cómo debe comportarse el hombre en términos emocionales. Podíamos pensar que los hombres se encuentran ciertamente atrasados con respecto a las mujeres en el desarrollo de habilidades emocionales, que disponemos de estilos emocionales diferenciales y que los de las mujeres son mejores y más adecuados para establecer lazos vitales y de ciudadanía igualitarios.

Si bien los hombres hemos sido influidos por los ideales del amor romántico, nos hemos autoexcluido del dominio de lo íntimo, vinculando el amor romántico a la conquista y la satisfacción sexual, y desarrollando nuestras identificaciones (pongamos autoestima) a través de los logros en el trabajo (logros sociales) más que a través de las relaciones amorosas (logros afectivos).

Nuestras dificultades emocionales estriban no tanto en la expresión de las emociones amorosas como en la expresión de emociones asociadas a sentimientos de impotencia (fracaso, enfermedad, temor, dolor, tristeza...). No se trata de que tengamos sentimientos menos intensos que los de las mujeres, pero hay ciertos sentimientos que nos avergüenzan. El triunfo y el éxito son espléndidos. Pero si sientes otros sentimientos como la miseria, el miedo, la preocupación, es mejor esconderlos, ponerles una máscara. ¿Cómo podrías ser respetado, como podrías gustar a las mujeres si no muestras que eres un hombre-hombre?.

Decir además que los hombres son fríos, auto-controlados, ‘impasibles’ o poco emocionales en la esfera pública tampoco es cierto. Lo que no mostramos en público son nuestras debilidades y sentimientos de vulnerabilidad, miedo, ansiedad, etc... pero no tenemos ningún reparo en mostrar rabia, cabreo, violencia, etc.. Una persona ‘madura’ hoy en día tiende a ser descrita como ‘alguien que combina la intimidad y expresión emocional femenina con la independencia y la competitividad masculina’.

Habrá que seguir atentos a la gestión que los hombres hagan de la emocionalidad, ya que se ha señalado que se utilizan ciertas expresiones emocionales por parte de los hombres como medio de supervivencia y como una forma de reafirmar (una de las características más típicamente definitorias de la masculinidad tradicional) su “maestría” superior. Los hombres en posiciones de poder encuentran que una adecuada gestión de expresiones emocionales (como llorar) confirma su humanidad, pero estas mismas expresiones en público pueden dañar su posición en el caso de mujeres o de hombres menos poderosos.

Existe otro punto en el que esta convergencia emocional se detiene. Las mujeres que adoptan una aproximación racionalista, desapasionada o agresiva en el mundo del trabajo, se considera que van demasiado lejos y que sacrifican su feminidad o que ‘actúan como hombres’, y las mujeres que eligen no tener hijos o ceder la mayor parte del trabajo de cuidado de los hijos a su compañero suelen ser miradas sospechosamente. De igual manera, el hombre que parece tener poco interés en el trabajo y que prefiere el cuidado de sus hijos, o que se pasa de la raya adoptando el papel del ‘nuevo hombre sensible’, suele ser objeto de burla y acusaciones de afeminamiento.

En realidad hay evidencias más que suficientes para afirmar que hombres y mujeres sienten emociones en intensidades similares aunque construidos de forma diferencial según las representaciones sociales disponibles para unos y otras. Es una cosa de mujeres el ser expertas en ‘competencia emocional’ con relación al amor y los romances, mientras que nosotros rechazamos como poco masculino y poco propio la legión de novelas rosa, telenovelas, revistas del corazón, conversaciones y temas que les interesan a ellas. El resultado de que nos hayamos negado la posibilidad de construir y manipular narrativas sobre las emociones y los romances, es que no hablamos el mismo lenguaje que ellas y que nos encuentran analfabetos emocionalmente. Quién no ha

escuchado de su pareja ese, “es que no me entiendes”. Venusinas sensibles, marcianos inexpresivos y endurecidos.

Resulta chocante tanta incomunicación, siendo que compartimos tanto como miembros de la misma especie, de la misma cultura. Quizá resulte más útil comprender estas metáforas del género que elaboramos en nuestra cultura como “productoras de personas”, que son o no son emocionales, más que entender las emociones como algo que nos sucede “automáticamente” o que surge de alguna instancia primaria que tuviera que ver con nuestra biología. Es simple, pero no sencillo, darse cuenta de que nuestras sensaciones, aquellas que pensamos más íntimas, más personales, más intransferibles, más nuestras, que forman parte de nuestra individualidad, son en realidad producto de los patrones sociales.

Por ejemplo, el ‘enamoramiento’ es algo más activo que pasivo, se trata de una acción de situarse a uno mismo dentro de los ‘guiones’ del discurso sobre el amor. Es aquí donde hay gente que conoce más o sabe menos sobre diferentes guiones que nos sirven no sólo para dar sentido, sino que llegan a producir modificaciones en nuestras vivencias corporales. Por poner un caso, es fascinante entender cómo las representaciones son capaces de moldear nuestra capacidad de sentir placer, dolor, etc., independientemente de nuestra biología y de los receptores neuronales que acumulemos en zonas erógenas o no. Esto es algo que los sexólogos han llamado el psicoerotismo masculino y femenino.

Nosotros que estamos inmersos, con los grupos de hombres de toma de conciencia, en un proceso de autoconocimiento, sabemos lo duro que es intentar desembarazarse de ciertas emociones que nos producen vergüenza, que racionalmente preferiríamos no sentir porque no son políticamente correctas. Y nos resulta muy duro comprobar que, aunque seamos producto de la cultura —luego somos maleables—, estos discursos sobre las emociones, sobre el deseo, sobre lo que nos importa el éxito, y qué tipo de éxito, sobre lo que nos importa el amor, el afecto, etc., estos discursos están férreamente impresos en lo más profundo de nuestra psicología. A veces nuestra esperanza es que un poco de lo que nosotros nos hemos cuestionado pueda modificar una pequeña parte de nuestra forma de estar en el mundo y que esto pueda ser transmitido a generaciones futuras.

Y a pesar de todo, la gente opta por diversos discursos disponibles sobre qué es ser hombre, discursos que pueden ser divergentes o convergentes con los dominantes. Y esto se puede dar a un nivel consciente o inconsciente. Dicho de otra manera, las emociones que sentimos están mediadas por significados que no provienen originariamente de sensaciones corporales sino que son de segunda mano, son familiares porque están en circulación dentro de narrativas pre-construidas que circulan en nuestra cultura, y es gracias a estas narrativas que otorgamos sentido a nuestras experiencias de primera mano, pero estas narrativas son públicas, son sociales, son

objeto de lucha y negociación continua en cada pequeño gesto, en cada situación de la cotidianeidad de millones de personas. Son gestos como decidir llevar pantalones y no falda, cortarse el pelo corto y no largo, expresarse de una forma u otra, tomar una decisión laboral u otra, casarse o no, llamar a tus padres o no. Prácticamente todo lo que uno pueda imaginar tiene que ver con el hecho de ser hombre o mujer, aquí y ahora, aunque la economía mental nos ayude a ocultarlo en el manto del sentido común cotidiano.

Afortunadamente nuestra masculinidad es una construcción continua, intersubjetiva y fragmentada, y no cabe hablar de un auténtico 'yo' al margen de los procesos culturales y sociales. Gracias a que nuestra identidad se construye y es inseparable de los procesos sociales y del continuo proyecto de la subjetividad, podemos romper las barreras de incomunicación con ellas y construir una forma más armoniosa y satisfactoria de vida para todos.

En definitiva, los hombres hemos sido tradicionalmente compelidos a competir y a basar nuestra estima y reconocimiento personal en la consecución de logros "sociales" (en el mercado laboral y el mundo público de la política, la cultura y el deporte...) en mayor medida que en éxitos relacionales y afectivos, con todas las consecuencias destructivas para nosotros mismos y para nuestro entorno que esto implica. Quizá sea doloroso, y a veces casi inalcanzable, desembarazarse del lastre que ya llevamos encima y que nos imposibilita sentirnos realizados siendo dependientes, o amos de una casa que puede que ya no sea de nuestra propiedad; pero siempre estamos y estaremos a tiempo de cambiar los guiones y las reglas de juego si las comprendemos y sobre todo si entendemos todo lo que tenemos que ganar en este proceso.

Para escribir este ensayo nos hemos basado especialmente en:

Espada Calpe, J.M. (2002) *La negociación de las masculinidades en los contextos de la exclusión social y las políticas públicas de protección*. Tesina Diploma de Estudios Avanzados. Universidad Complutense de Madrid. (Inédita)

Lupton, Deborah. (1998) *The emotional self*. Sage, London.

Marqués, Josep Vicent. (1991) *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables*. Madrid, Temas de hoy.

Popay, J.; Hearn, J.; Edwards, J. (1998) *Men, Gender Divisions and Welfare*. Routledge, London.

Pyke, Karen D. (1996) «Class-based masculinities. The interdependence of gender, class, and interpersonal power». *Gender and Society*, October 1996, 10 (5), 527-549.

Seidler, Victor. (1991) *The Achilles Heel Reader*, London, Routledge. y
(1991) *Recreating sexual politics*. London, Routledge.

Y, entre otros, también en:

- Bonino Méndez, L.** (1995) «Micromachismos en la vida conyugal». En Corsi, J. *Violencia masculina en la pareja*. Paidós, Buenos Aires.
- Bott, E.** (1990) *Familia y red social. Roles, normas y relaciones externas en las familias urbanas corrientes*. Taurus Humanidades, Madrid.
- Brown, Jac.** (1995) «Men, friendship and intimacy». *XY, Men, Sex and Politics*. 5(4) Summer 1995-96. Sydney.
- Creighton, C.** (1999) «The rise and decline of “male breadwinner family” in Britain». *Cambridge Journal of Economics*, September 1999, 23 (5), 519-541.
- Cornwall, A. y Lindisfarne, N.** (1994) «Dislocating masculinity: gender, power and anthropology». En Cornwall et al. *Dislocating Masculinity: Ethnographic Comparatives*, Routledge, London.
- Hearn, Jeff.** (1993) «Emotive subjects: organizational men, organizational masculinities and the (de)construction of ‘emotions’». En S. Fineman (ed.), *Emotion in Organizations*, Sage, London, pp. 142-166.
- Jackson, S.** (1993) «Even sociologists fall in love: an exploration in the sociology of emotions», *Sociology*, 27 (2), pp. 201-220.
- Ortega, F.** (Comp.) (1993) *La flotante identidad sexual: la construcción del género en la vida cotidiana de la juventud*. IIF (UCM) y CAM, Madrid.
- Russell, H.** (1999) «Friends in low places: gender, unemployment and sociability». *Work, Employment & Society*, Jun 99, 13 (2): 205-224.
- Scott, J.** (1990) *Domination and the Art of Resistance: Hidden Transcripts*. Yale University Press, New Haven.
- Trudinger, Mark. & Frey, John.** (1995) «When the one and only, isn't». *XY, Men, Sex and Politics*. 5(4) Summer 1995-96. Sydney.
- Warren, T.** (2000) «Diverse breadwinner models: a couple-based analysis of gendered working times in Britain and Denmark». *Journal of European Social Policy*, 2000, 10 (4), 349-371.
- Willis, P.** (1977) *Aprendiendo a trabajar: cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Akal, Madrid (1988)
- Zuo, J.; Tang, S.** (2000) «Breadwinner status and gender ideologies of men and women regarding family roles». *Sociological Perspectives*, 2000, 43 (1), 29-43.